

[Sobre la simbiosis hormigas-acacias]

LAS HORMIGUITAS

En la América tropical crece y se desarrolla una planta muy curiosa, que mantiene para su defensa todo un verdadero ejército en pie de guerra. Constituyen los dos elementos una asociación de plantas é insectos mucho más temible que cualquier asociación de las que existen hoy día para la defensa de intereses particulares ó de intereses creados. La planta es una especie de acacia, comunmente conocida con el nombre de *espiná cuerno de buey* y crece á una altura de cinco á siete metros. Y los regimientos militares empleados para su protección son nada menos que miles de millares de hormigas, que encuentran en la citada planta asilo y alimento.

Las ramas y el tronco de esta acacia hállanse muy espesamente cubiertas de espinas fuertes y curvas, de gran tamaño, distribuidas por parejas y de tal manera que imitan á maravilla las astas del toro; de aquí el nombre que tiene la planta. En cuanto las espinas crecen, se llenan de una especie de pulpa dulce, que constituye almacén de provisiones para las hormigas, las cuales tienen la particularidad de ser tan pequeñas como venenosas. Estas hormigas taladran el extremo de las espinas, y una vez que han hecho desaparecer la división que separa un cuerno de otro, convierten su interior en espaciosa vivienda donde forman su nido y crían sus hijos. Agitad una de las ramas ó tocad siquiera una de las hojas: será esto solo la señal de alarma para los pequeños insectos, que saldrán de su escondite y se cebarán en el osado que turbó su tranquilidad.

Ello hace que ningún animal herbívoro se atreva á comer de esta planta, la cual, por si tal defensa fuera poca, cuenta con otra, más interesante y curiosa aún: las espinas en forma de cuerno empiezan á desarrollarse y crecen extraordinariamente así que las hormigas las han ahuecado y hecho de ellas su hogar.

Además de esto, en cada lugar de la acacia donde empieza á brotar una hojilla, aparece una glándula en forma de copa que encierra un líquido meloso. A las hormigas les gusta mucho este líquido, y constantemente se las ve correr de una glándula á otra para beber su contenido.

También cuentan las hormigas citadas (¡buenas hormiguitas están hechas!) para su alimento con lo que pudieramos llamar el fruto de esta acacia: unos cuerpos amarillos en forma de pera. Cuando las hojillas empiezan á desarrollarse, estas pequeñas peras no se hallan en estado de madurez; mas no importa que así sea: los insectillos no las pierden de vista, van de una á otra, y cuando las encuentran á punto de caramelo las atacan por la parte que se une con la hoja, las rompen y las transportan al interior de los cuernos, donde las devoran con apetito que nunca parece saciado.

¿Qué ventaja obtiene, en cambio, la acacia? Pues nada menos que la existencia. Estas hormiguitas la preservan de los ataques de las ecitonas ú hormigas errantes, las cuales se suben á los árboles no protegidos de esta manera y los desnudan completamente en pocas horas, llevándose todo el botín vegetal á su nido subterráneo donde laboran el terreno de modo y manera que hacen fructificar en él hongos pequeños.

Pero todo esto no es más que un sueño de invierno. Porque cuando llega la estación de la sequía, la acacia paraliza su crecimiento, se seca y no produce hojas nuevas y sus copas de miel se encuentran vacías. Entonces, las hormiguitas sienten la necesidad del hambre, y careciendo de provisiones perecen por regimientos enteros. Las que logran salvarse, muy pocas, contadas, toman la revancha: procrean prolificamente, y tan pronto como cae la primera lluvia otoñal y brotan de la planta los nuevos vástagos vigorosos, se aprovechan del dulce que les brindan nuevamente los cuernos y las hojas de la acacia.

Como se ve, nada más curioso que esta asociación de plantas é insectos. La Naturaleza, que es muy sabia, ha unido para su mutua defensa á elementos que separadamente no podrían vivir.